

la cruz de la espada consagrarse al exterminio de los infieles, y cumpliendo sus juramentos en mar y en tierra, como un eterno cruzado.

El eco de estas ideas se dilata por el siglo duodécimo, y por todos los pueblos, como si el espíritu de una edad caminara en alas de los vientos. Así Francia comienza á sentir el movimiento eléctrico que le impulsará á las Cruzadas. Los reyes santos serán los tenientes del Pontificado: en Escocia Santa Margarita y San David I; en Dinamarca San Canuto IV y San Erik I; en Hungría San Estéban y san Ladislao.

En cada siglo de la Edad media hay una leyenda que pinta su espíritu, una leyenda que sintetiza su carácter. Encontramos en las crónicas y en los romances franceses, para caracterizar el siglo décimo, la leyenda de Roberto el Diablo. Hallaremos en las crónicas españolas también la leyenda del cambio del rito mozárabe por el rito romano, y con ella caracterizaremos el siglo undécimo. Alfonso VI en 1085 ha tomado á Toledo, la ciudad donde los reyes moros le habían dado en el tiempo de sus desgracias tan generoso asi-

lo, hospitalidad tan espléndida. De esta victoria naturalmente había por fuerza de exigir el Papa alguna ventaja. Ya las había intentado materiales, fundándose en que Toledo fué ganada por auxilios morales de la Sede Romana; pero esta pretension se estrelló contra la fortaleza de Alfonso VI. Entonces Gregorio VII pretendió que se llevara á la Iglesia de España para uniformar el espíritu católico la liturgia y la disciplina de la Iglesia de Roma. Grande oposicion encontraban en Castilla semejantes pretensiones. La liturgia gótica era parte de la vida nacional. En ella se habían refugiado como en una fortaleza, los vencidos del Guadalete; ella había sido el consuelo en la adversidad y la esperanza de la victoria; bajo su advocacion nacieron en los desfiladeros de Astúrias las primeras iglesias levantadas cuando flamigeraba sobre toda España, como la espada de los ángeles exterminadores en el Apocalipsis, la cimitarra de los árabes; con su disciplina se habían reunido los Concilios que fundaron el derecho; y con sus cantos se habían celebrado en mil ocasiones, sobre la tierra empapada de san-

gre, los triunfos alcanzados en innumerables combates; suyos eran pues el arte, la ciencia, el espíritu de una nación que solo poniendo en Dios sus esperanzas pudo emprender la obra fabulosa de la reconquista, con razón llamada la Iliada de siete siglos.

Dado el carácter tenaz de los castellanos y su apego á las tradiciones, era muy difícil que aceptasen la mudanza de rito. El rey participaba de sus sentimientos. Valióse el Pontífice para conseguir su intento de la esposa del Rey, Doña Constanza, francesa de nacimiento, y del arzobispo D. Bernardo, monje de Cluny. Estos monjes eran durante la Edad media, ó al ménos durante este período de la Edad media, los ejércitos permanentes del Papa. Siempre ha tenido el Pontificado algunas Ordenes monásticas muy distinguidas que se han consagrado, con preferencia entre todas, á su defensa, y con especialidad al aumento de su poder político. Los benedictinos, los clunienses, los templarios, los franciscanos, los dominicos y los jesuitas han formado una especie de monastía dinástica al lado de la dinastía pontificia; una es-

pecie de guardia papal que se ha curado de defender al Pontífice y acrecentar su autoridad sobre el mundo. Naturalmente, Doña Constanza y D. Bernardo trabajaban con todos sus medios para mover el ánimo del Rey al cambio de rito. El Papa no le dejaba punto de reposo con sus instancias, apreciando en mucho que entrara dentro de la uniformidad romana una Iglesia de tanta gloria y de tantas esperanzas como la Iglesia de Castilla. Aunque siempre católica, siempre romana, la disciplina de esta difería esencialmente de la disciplina romana, constituyendo dentro de la ortodoxia más pura una especie de nacionalidad religiosa independiente. Conocido el carácter de aquel Papa se comprenderá cuánto empeño pondría en que la Iglesia castellana coadyuvara á su ideal de intransigente unidad religiosa. Influa sobre el arzobispo, y el arzobispo sobre la Reina, y la Reina sobre el Rey. Este se dejó vencer y comunicó su intento al pueblo de Toledo, justificándolo con la necesidad de dar una muestra más de amor á la Iglesia, tan poderosa cooperadora de la reconquista. El pueblo de Toledo se sublevó mo-

ralmente contra la reforma. El Rey dijo que le habia sido sugerida por el cielo. El pueblo pidió que si esto creia sometiese el fallo del litigio á las pruebas judiciares y al juicio de Dios. En efecto, encendi6se una gran hoguera en la Plaza de Toledo, arrojaron el misal g6tico y el misal romano, y se quem6 seguidamente el romano y se conserv6 ileso el g6tico. De la prueba judicial apelaron al Juicio de Dios. Dos guerreros armados de todas armas salieron al torneo á pelear cada cual por el objeto de sus creencias, de su culto. El guerrero castellano, que defendia el rito g6tico, sali6 vencedor. Sin embargo, el Rey promulg6 el rito latino. Desde entonces, a6ade con gran candor el rey D. Alonso el Sábido, que refiere estos maravillosos hechos, qued6 en Castilla divulgado el refran que dice: «Allá van leyes á donde quieren reyes.» En esta sencilla historia se vé todo el carácter del siglo undécimo, toda la tenacidad de Gregorio VII, toda la obediencia de los reyes á su autoridad, y todos los triunfos que contra las tradiciones y las prácticas vigentes conseguia la Iglesia romana, uniformando en su au-

toridad moral, en su unidad religiosa, el mundo moderno, como el Imperio romano habia uniformado en su autoridad política y en su unidad guerrera el mundo antiguo.

Puesto que estamos en presencia de la autoridad más alta que han obtenido los papas, detengámonos un momento á considerar qué ministerio político ejercia esta autoridad en las instituciones de la Edad media. Seria difícil, seria imposible llegar á comprender nunca el movimiento de las revoluciones modernas, que comienza en el siglo décimo-sexto, si no tuviéramos ideas precisas, claras, sobre la Edad media, que ese grande movimiento viene á combatir. Tres elementos componen la Edad media: los pueblos germanos, la Iglesia cat6lica y la Roma antigua que se levanta de sus mismas ruinas. Cada uno de estos elementos trae una de las instituciones que forman, digámoslo así, la trama de la vida. Los pueblos germánicos, el Feudalismo; la Iglesia cat6lica, el Pontificado; Roma el Imperio. El Feudalismo es el elemento individual, el elemento en el cual se encuentra en g6rmen la personalidad humana, que

más tarde consagrarán las revoluciones nuestras; el Pontificado y el Imperio guardan en gérmen, aquel la unidad espiritual y éste la unidad política, que más tarde llamará unidad humana la filosofía. El Feudalismo estaba fundado en la propiedad y organizado por gerarquías. La desigualdad era su base y la anarquía su carácter. La propiedad de la tierra era al mismo tiempo la propiedad de los trabajadores de la tierra, que se llamaban siervos y estaban á ella unidos como el ganado al pasto de las praderas. Las tierras se dividían en realengos, señoríos, tierras abadales, behetrías, etc., etc.; pero á toda propiedad iba unida la jurisdicción y la autoridad. El propietario tenía un derecho absoluto sobre los siervos y sobre los instrumentos del trabajo. «Esos hombres, decía el señor feudal señalando á sus siervos, son míos; puedo si quiero tostarlos y hervirlos.» Hasta derechos que no se pueden nombrar pretendían sobre las mujeres de sus siervos. El pudor de estas se hallaba á merced de los señores, como la vida de aquellos. El verdugo romano tenía derecho á desflorar las vírgenes condenadas á

muerte, y el señor feudal lo tenía á profanar el lecho de su siervo en el momento mismo de las bodas, antes que la esposa hubiera dado el beso nupcial á su esposo. Se ha querido negar este privilegio por los restauradores de la Edad media; pero no se pueden borrar los testimonios fehacientes. *Pretendebant*, dice un historiador, *ex consuetudine primam habere carnalem sponsæ cognitionem*. Como toda barbarie, se fué dulcificando con el tiempo; y muchos señores, como los de Leon, por ejemplo, según cuenta Chopin en sus comentarios á los *Usages de Anjou*, se limitaban á pasar la pierna sobre la cama de los siervos en la noche de las bodas.

El Feudalismo era, pues, gerarquía, división, fraccionamiento, individualidad, anarquía.

La Iglesia no dejó de verse penetrada por el espíritu feudal. Los ricos beneficios constituían ricos señoríos. Pero tenía caracteres que la hacían opuesta al Feudalismo y que le prestaban un verdadero ideal de ciencia y de vida en aquellos apartados tiempos. Empezaba por consagrar el culto del espíritu cuando todos consagraban el

culto de la fuerza. Seguía por admitir á la igualdad religiosa á los ciudadanos, cuando por todas partes se levantaban la gerarquía y el privilegio. Concluía por reclutar sus dignidades atendiendo á la capacidad y usando el medio democrático de la eleccion. Así era en aquellos dias, como el arca de Noé en los dias del diluvio, el refugio de todos los gérmenes del progreso humano.

Así el Feudalismo admitía, por ejemplo, como testimonio de razon el combate, como signo de verdad la fuerza, como sentencia de justicia el triunfo en el duelo. El torneo no era solamente una fiesta, era una audiencia, un jurado. Los litigantes peleaban, peleaban los testigos, peleaban los jueces. La Iglesia oponía á este derecho de la fuerza el derecho de la idea, á estos códigos de las armas sus códigos canónicos.

Por todas partes las guerras en la Edad media; las guerras, que eran como huracanes sobre el caos. Guerra de rey á rey, guerra de castillo á castillo, guerra de pueblo á pueblo, guerra de individuo á individuo. Las armas resuenan tan fuertemente en este tiempo, que no parece sino que

el mundo entero es un campo de batalla, y los hombres todos son soldados ébrios de sangre, y en esta embriaguez castigados con sed inextinguible como la del hidrópico. La Iglesia quiso establecer la paz. Celebró para esto Concilios, dictó cánones. No pudo contrastar la inmensa fuerza de las instituciones, de las costumbres, y se contentó con la Tregua de Dios. Establecida primero en Aquitania, se extendió luego por toda Italia. Dos monjes, cuyos nombres debe recordar la historia, tomaron una parte activa en esta obra humanitaria. Fué uno Odilon, abad de Cluny, y fué otro Richard, abad de Verdun.

La tregua de Dios era una suspension de tantas guerras como desgarraban el seno de la Edad media. Los monjes, las mujeres, los trabajadores del campo y los mercaderes eran declarados inmunes del deber de la guerra, consagrados á una paz perpétua. Del miércoles al lunes no se podía pelear, porque recordaban todos estos dias los más angustiosos de la pasion de Cristo, y los dias más gloriosos de su resurreccion. Añadiase á

estos el Adviento, la Pascua y las fiestas de los patronos de cada pueblo.

Pero el génio guerrero de la Edad media opuso obstáculos invencibles al génio pacífico de la Iglesia. Las treguas de Dios fueron muchas veces predicadas y pocas veces obedecidas. A pesar de que se castigaba con pena de excomunion al perturbador de la paz pública, era perturbada. Para encubrir esta desobediencia la Iglesia decidió limitar los dias de treguas casi á los dias de fiesta. La guerra en aquellos duros tiempos era como el trabajo en los nuestros. Las razas germánicas habian traído desde sus selvas ese culto á la fuerza, á la violencia, á la matanza. Para estas razas, la política era la conquista, el Parlamento el campo de batalla, el voto un lanzazo en el escudo, la habitación el carro de guerra, la vida una série de combates, y la muerte la esperanza de encontrar en un olimpo sangriento á Odino y sus caballeros cabalgando en sombríos huracanes, hiriéndose mutuamente en una orgía de sangre, como si fueran eternos engendros de un ódio infinito, levantado en lugar del Creador sobre las cimas del

Universo. Se habla mucho de la barbarie del Circo antiguo, en que los romanos entregaban los gladiadores á las fieras. Pero los torneos eran tambien espectáculos bárbaros y sangrientos. Los jueces median el campo; las damas lujosamente vestidas apercibian los premios; los pajes y los heraldos sonaban las trompetas de guerra; el pueblo acudia en tropel, y los caballeros peleaban regando con su sangre la tierra, cayendo exánimes en medio de aquellas alegres fiestas.

Beltran del Bormo, que el Dante pone en los infiernos con su propia cabeza en las manos, representa en toda su barbarie y en toda su crueldad el Feudalismo. Ha consumido este feroz aristócrata su vida suscitando unas clases contra otras clases, unos poderes contra otros poderes, unas naciones contra otras naciones, por el placer de contemplar yelmos rotos, caballos errantes despues de haber sacudido sus ginetes, miembros destrozados, cabezas separadas de sus troncos, montones de cadáveres sobre los cuales se cernian bandadas de cuervos, iluminado todo por la luz de los incendios y realzado por los lamentos

de las viudas y de los huérfanos: que todo es para su alma cruel sublime en las plagas de la guerra. No se crea que hay en esto exageracion. Léase su vida y se verá que la ha consumido sembrando ódios; léanse sus versos y se verá que los ha empleado en cantar la matanza. Es como aquel dios persa de la destruccion que tiene la infinita voracidad de la muerte. El dia que vé á los hijos de Enrique II levantarse contra su padre, ó que espera un duelo á muerte entre Ricardo Corazon de Leon y Felipe Augusto, que es el duelo á muerte entre dos pueblos; el dia que puede ver ó puede esperar este espectáculo, es para él uno de los mejores dias de su vida, porque como el cuervo olfatea las grandes carnicerías humanas, y como la hiena se ceba en los cadáveres.

Naturalmente, en una época de esta barbarie la Iglesia no podia exentarse de la ley comun á toda la humanidad, y á pesar de su resistencia á la guerra tuvo que predicar la guerra. No eran aquellos tiempos como los nuestros, en que se establecen relaciones internacionales y de dere-

cho, mirando á una justicia superior entre los pueblos de diversas creencias religiosas. Eran tiempos de exaltacion religiosa, y por lo mismo de odio entre las diversas religiones, que se predicaban mutuamente unas contra otras la guerra. El exterminio de los infieles era la palabra que sonaba en Bagdad y en Damasco, en Córdoba y en Medina. El exterminio de los infieles resonaba tambien como una palabra de orden universal en Roma, en Paris, en Lóndres, en Búrgos, en Barcelona. El Papa Lucio III bendice las manos consagradas á derramar sangre infiel. *Manus suas in sanguinem infidelium Domino consecrantes*. Hé aquí de qué suerte se enorgullecen y se alaban los templarios de su ministerio religioso: «Dicese del leon que husmea por todas partes y que devora; de la misma suerte los caballeros del Temple deben siempre y por todas partes perseguir los infieles, hasta hacerlos desaparecer de la faz de la tierra.» San Bernardo decia en el sermon á los templarios: «El Hijo de Dios gusta de contemplar la muerte de sus enemigos; porque en la muerte de los paganos se glorifica.» En presen-

cia de la contradicción que encontraba entre estas doctrinas y las doctrinas del Evangelio, se expresaba así Santo Tomás: «Las Ordenes militares, al exterminar á los infieles no vengan sus propias injurias sino las injurias inferidas á Dios.»

Así que durante todo el siglo undécimo la Iglesia predicó las cruzadas contra los infieles. Se ha querido dar á esta predicación un sentido político, algo que se asemeje á los pensamientos de la diplomacia moderna sobre el equilibrio del mundo. La Historia está ahí para desmentir estas extrañas importaciones, llevadas á su seno cinco siglos más tarde. Lo que movió las cruzadas fue el pensamiento de rescatar Jerusalem, la tierra prometida, el asilo de los Profetas, el antiguo tabernáculo, el huerto donde Jesús lloró, el monte donde Jesús padeció, el sepulcro de que Jesús resucitó, los sitios sagrados mudos testigos de la redención. Lo que movió las cruzadas fué la idea religiosa formulada en leyes de invasión por Urbano II y sobreescitada en discursos guerreros por Pedro el Ermilaño. La voz de Dios llamó á los pueblos. Dios lo quiere, fué el grito universal

que disciplinaba aquellas legiones. Sabían dónde iban, pero no sabían ni por qué camino ni siquiera dónde estaba la ciudad anhelada. Cuando descubrieran alguna grande población la saludaban en su ignorancia, como si fuera su Jerusalem querida, su Jerusalem deseada. Por fin llegaron, por fin vieron desde las alturas las montañas de las Olivas, las llanuras de Jericó, las riberas del mar Muerto, las santas orillas del Jordan y Jerusalem, la ciudad querida envuelta por las refracciones de la luz de Oriente, como los sueños de los místicos, en una atmósfera del brillo del oro matizado por los cambiantes del ópalo. Horribles angustias padecieron en el sitio de Jerusalem; la sed los abrasaba, los consumía; el polvo de Palestina los tostaba como si fueran las arenas encendidas de un horno. Muchos de ellos se dejaban caer sobre la tierra abrasada, gritando de dolor y desesperación: «Jerusalem, que tus muros caigan sobre nosotros, y que cubra nuestros huesos tu sacratísimo polvo.» Fué necesario, para sostenerlos en aquella tremenda empresa todo lo que tenía de fuerte y de creyente aquel siglo. Godofredo de



Bouillon, el rey virgen, los conmovía con su heroísmo casi legendario. Tancredo y Raimundo de Saint Gilles, que tantas veces habían escandalizado sus querellas, se abrazaban en presencia de la ciudad bendita. Pedro el Ermitaño recorría las filas con la cabeza y los pies desnudos, á los inclementes rayos del sol abrasador, golpeándose el pecho con el crucifijo que recordaba el sacrificio allí mismo consumado, y enardeciendo su sangre con aquellas elocuentísimas palabras que resucitaban el canto rudo, el versículo breve y deslumbrador de los antiguos profetas. Por fin, Jerusalem cayó en poder de los cristianos. Su caída fué uno de los testimonios mayores que de su poder pudieron dar los papas, que habían logrado arrancar un mundo pegado á su terruño del suelo feudal, donde parecía haber echado sus raíces, y lanzarle con la fuerza de su palabra y la virtud de su autoridad en las abrasadas llanuras del Asia.

Es necesario, para conocer toda la crueldad de esta época, dejar hablar á la historia. La toma de Jerusalem es uno de los hechos más graves de la Edad media, más trascendentales por las conse-

cuencias que trajo al mundo, por la revolución que produjo en la sociedad. Veamos cómo lo cuentan los historiadores del tiempo: «Cuando los nuestros, dice Raimundo d'Agiles, canónigo de la catedral de Puy, se apoderaron de los muros y de las torres, viéronse cosas admirables. De los sarracenos mataban á unos, lo cual era para ellos la suerte más dulce, y quemaban á otros después de haberles hecho sufrir largamente. Veíanse en calles y plazas montones de cabezas, de manos y de piés.»

Raul de Caen, exclama en su *Historia de Tancredo*: «Valor, divinos furores, valor, espadas sacratísimas, valor, santa destrucción; no consideremos nada: caed á los golpes, raza depravada, gentes perversas que habeis derramado la sangre inocente, y que debeis dar toda la vuestra. Vosotros que tantas veces habeis desgarrado los miembros de Cristo, destrozándolos en mil pedazos, recibid los castigos que os imponen esos mismos miembros.» En una carta que los cruzados escriben al Papa, cuentan que en el templo de Salomon habían degollado tantos infelices que la sangre lle-

gaba hasta la rodilla de los caballeros y hasta la brida de los caballos.» Guillermo de Tiro cuenta en su popular *Historia de las Cruzadas* lo que sigue: «Los cruzados no perdonaban á ningun infiel; á fin de que aquellos que habian profanado el santuario, lo purificasen con su propia sangre.» Alberto d'Aix, cuenta con referencia á historias oidas de la boca de los mismos peregrinos que acompañaron la primera cruzada, lo siguiente: «Las jóvenes, las matronas, aun las que estaban en cinta, fueron inmoladas; las infelices asustadas de la sangre se abrazaban gritando á sus verdugos, les besaban los piés pidiéndoles la vida; pero invocaban en vano la piedad de los vencedores; no perdonaron ni los niños de teta.» Basta.

#### IV.

¡La caída de Jerusalem! ¡Cómo la destrucción de estas grandes ciudades cambia las corrientes

de los hechos! No parece sino que en cada una de ellas se encierra una idea y que esta idea no puede volar sino rompiendo la ciudad donde está encerrada.

Lo cierto es, que la ruina de Babilonia señala completamente la conclusion de las antiguas teocracias mágicas; la ruina de Troya el comienzo de las épocas heróicas; la ruina de Tiro la difusion del espíritu griego por el Oriente; la ruina de Cartago el predominio en Europa de las razas indo-europeas; la ruina de Jerusalem por los romanos, la Era de la redencion; la ruina de Roma por los bárbaros, la Era feudal; la toma de Constantinopla por los turcos, la Era moderna.

Pues bien: la toma de Jerusalem por los cruzados, fugaz como es, parecida al sueño de una leyenda, representa, si no la ruina, el quebrantamiento y la declinacion del Feudalismo. En aquella ciudad se escriben por la mano del más puro representante del espíritu caballeresco, por Godofredo de Bouillon, los códigos feudales (Assises de Jerusalem), y estos códigos feudales, que parecen la firme constitucion de una sociedad ro-